

# VERANO EN ÍCARO

*ARTHUR C. CLARKE*

Cuando Colin Sherrard abrió los ojos luego del choque, no comprendió dónde estaba. Aparentemente se encontraba atrapado en algún tipo de vehículo, en la cima de una loma que descendía escarpadamente en todas direcciones. La superficie de la loma estaba chamuscada y ennegrecida, como si la hubiera barrido un gran fuego. Arriba, sobre un cielo azabache, se apiñaban las estrellas. Una de ellas colgaba como un sol diminuto y brillante, muy abajo en el horizonte.

¿Sería el Sol? ¿Estaría él tan lejos de la Tierra? No, imposible. Un fastidioso recuerdo le dijo que el Sol no estaba tan distante como para ser una simple estrella: el Sol estaba cerca, espantosamente cerca. Y con ese pensamiento, recobró todos los sentidos. Sherrard supo exactamente qué era aquel sitio, y ese conocimiento fue tan terrible que casi volvió a desmayarse.

Estaba más cerca del Sol de lo que había estado antes hombre alguno. Su dañada cápsula espacial no descansaba en una loma, sino en la empinada superficie curva de un mundo de sólo tres kilómetros de diámetro. Esa estrella brillante que se hundía rápidamente en el oeste era la luz de *Prometeo*, la nave que lo había llevado a través de tantos millones de kilómetros. *Prometeo* flotaba entre las estrellas, preguntándose por qué su cápsula no había vuelto como una paloma mensajera a la percha. En pocos minutos habría desaparecido de la vista, cayendo bajo el horizonte, en un perpetuo juego de escondidas con el sol.

Ese era el juego que Sherrard había perdido. Todavía estaba en el lado nocturno del asteroide, en la fresca seguridad de la sombra, pero la corta noche terminaría pronto. El día de Ícaro, de sólo cuatro horas, avanzaba rápidamente hacia el terrible amanecer, cuando un sol treinta veces mayor del que brillaba sobre la Tierra, haría saltar las rocas con su fuego. Sherrard sabía demasiado bien por qué todo a su alrededor estaba quemado y ennegrecido, Ícaro se encontraba todavía a una semana de su perihelio, pero la temperatura al mediodía había llegado ya a quinientos grados centígrados.

Aunque éste no era momento para el humor, recordó la descripción del Capitán McClellan: «El terreno más caliente de todo el Sistema Solar». La verdad de esa broma había sido probada, sólo unos pocos días antes, por uno de esos experimentos simples y poco científicos, mucho más impresionantes que cualquier número de gráficas y lecturas de instrumentos.

Poco antes del alba, alguien colocó un pedazo de madera en la cima de una de las lomas pequeñas. Sherrard miró desde la seguridad del lado nocturno, mientras los primeros rayos del sol naciente tocaban la cumbre. Cuando sus ojos se adaptaron a la súbita explosión de luz, vio que la madera ya había comenzado a ennegrecerse y carbonizarse. Si hubiera habido atmósfera, el palo habría estallado en llamas; así era el amanecer en Ícaro...

Sin embargo, cuando aterrizaron por primera vez en Ícaro, cinco semanas antes (al pasar la órbita de Venus), el calor no era insoportable. *Prometeo* alcanzó al asteroide cuando éste comenzaba a lanzarse hacia el Sol; igualó la velocidad del pequeño mundo y aterrizó en su superficie tan suavemente como un copo de nieve. (Un copo de nieve en Ícaro; qué pensamiento...) Luego, los científicos se desplegaron en forma de abanico a través de los treinta y cinco kilómetros cuadrados de dentado hierro níquel que cubría la mayor parte de la superficie del asteroide, instalando instrumentos y puestos de control, recogiendo muestras y haciendo infinitas observaciones.

Todo había sido cuidadosamente planeado, años antes, como parte de la Década Astrofísica Internacional. Aquí había una oportunidad única para que una nave de investigación llegara a sólo veintisiete millones de kilómetros del Sol, protegida de su furia por un escudo de roca y hierro de

tres kilómetros de ancho. A la sombra de Ícaro, la nave podía flotar segura alrededor del fuego central que calentaba todos los planetas, y del cual dependía la existencia de toda vida. Como el Prometeo de leyenda que llevó el regalo del fuego a la Humanidad, una nave con el mismo nombre volvería a la Tierra desde los planetas, cargada de secretos nunca imaginados.

Hubo tiempo suficiente para colocar los instrumentos y hacer el reconocimiento topográfico antes que *Prometeo* tuviera que despegar, buscando la permanente sombra de la noche. Incluso entonces, los hombres, viajando en diminutas cápsulas de autopropulsión —naves espaciales en miniatura, de sólo tres metros de largo—, podían trabajar en el lado nocturno durante una hora, mientras no fueran alcanzados por la ascendente línea del amanecer. Esa había parecido una condición simple de cumplir en un mundo donde el alba avanzaba a sólo un kilómetro y medio por hora; pero Sherrard no la había cumplido, y la pena era la muerte.

Todavía no estaba seguro de qué había sucedido. Había estado reemplazando un transmisor sismográfico en la Estación 145, extraoficialmente llamada Monte Everest porque se alzaba treinta metros por sobre el territorio circundante. El trabajo había sido sencillo, a pesar de tener que hacerlo por control remoto con los brazos mecánicos de la cápsula. Sherrard era un experto en el manejo de esos brazos; podía atar nudos con los dedos metálicos casi tan rápidamente como con los suyos de carne y hueso. La tarea le había llevado poco más de veinte minutos, y luego el radiosismógrafo comenzó a transmitir, registrando los pequeños sismos y temblores que barrían a Ícaro con intensidad creciente, a medida que el asteroide se aproximaba al Sol. Saber que había hecho un aporte gigantesco de conocimientos no lo satisfacía ahora.

Luego de verificar las señales, reemplazó cuidadosamente las pantallas solares alrededor del instrumento. Era difícil creer que dos débiles láminas metálicas, no más gruesas que el papel, podían desviar una ola de radiación que derretiría el plomo o el estaño en segundos. Pero la primera pantalla reflejaba más del noventa por ciento de la luz solar que caía en su superficie de espejo, y la segunda desviaba la mayor parte del resto, de modo que tan sólo las traspasaba una inofensiva fracción de calor.

Sherrard informó que la tarea estaba concluida, recibió la conformidad de la nave, y se preparó para volver. Los reflectores de *Prometeo* —sin los cuales el lado nocturno del asteroide habría estado sumido en una completa oscuridad— eran un inconfundible objetivo en el cielo. La nave estaba a sólo tres kilómetros de altura, y en la débil gravedad él podría haber saltado esa distancia si hubiera llevado un traje espacial de tipo planetario, con piernas flexibles. En su situación actual, los microcohetes de bajo poder de la cápsula lo llevarían allí en unos cómodos cinco minutos.

Apuntó la cápsula con los giróstatos, puso los propulsores traseros en Fuerza Dos, y apretó el botón de encendido. Hubo una violenta explosión cerca de sus pies y se remontó alejándose de Ícaro..., pero no hacia la nave. Algo andaba muy mal; fue arrojado hacia un lado del vehículo y no pudo alcanzar los controles. Sólo funcionaba uno de los propulsores, y la cápsula giraba en el cielo como una rueda de fuegos artificiales, cada vez más rápido bajo el impulso desequilibrado del cohete. Trató de encontrar la llave de apagado pero las vueltas lo habían desorientado por completo. Cuando por fin localizó los controles, su primera reacción empeoró las cosas: movió la llave hacia velocidad máxima como un conductor nervioso que pisa el acelerador en lugar de los frenos. Tardó sólo un segundo en corregir el error y apagar el cohete, pero ya giraba tan rápidamente que las estrellas le daban vueltas alrededor.

Todo fue tan rápido que no hubo tiempo para el miedo, ni tiempo para llamar a la nave e informar lo que estaba pasando. Sacó la mano de los controles; tocarlos ahora sólo empeoraría las cosas. Retomar el rumbo significaría dos o tres minutos de maniobras hábiles, y por las parpadeantes apariciones de las rocas, cada vez más próximas, era obvio que no disponía de tantos segundos.

Sherrard recordó un consejo del *Manual del Astronauta*: «Cuando no sepa qué hacer, *no haga nada*». Seguía atendiendo a ese consejo cuando Ícaro cayó sobre él, y las estrellas se apagaron.

Era un milagro que la cápsula no se hubiera roto, y que él no estuviera respirando espacio. (Dentro de treinta minutos quizá se alegraría de hacerlo, cuando el aislamiento térmico comenzara a fallar...) Había algunos daños, por supuesto. Los espejos retrovisores, fuera de la cúpula de plástico transparente que le cubría la cabeza, ya no estaban más, de modo que no podía ver lo que había detrás sin torcer el pescuezo. Pero ese era un contratiempo trivial; mucho más serio era que las antenas de la radio habían sido arrancadas por el impacto. No podía llamar a la nave, y la nave no podía llamarlo a él. Todo lo que salía de la radio era una débil crepitación, probablemente producida dentro del aparato mismo. Estaba completamente solo, aislado del resto de la raza humana.

Aunque su situación era desesperada, había un débil rayo de esperanza. Después de todo no estaba completamente indefenso. Aunque no podía utilizar los propulsores de la cápsula —creía que el motor de estribor había explotado, destrozando un tubo de alimentación de combustible, algo que según los diseñadores era imposible— todavía podía moverse. Tenía los brazos.

¿Pero en qué dirección debía arrastrarse? Había perdido el sentido de la orientación, y aunque había despegado del Monte Everest ahora podía estar a miles de metros de distancia. No había marcas reconocibles en este mundo diminuto; su mejor guía era la luz poniente de *Prometeo*, y si podía mantener la nave a la vista estaría seguro. Que descubrieran su ausencia era cuestión de minutos, si no la habían descubierto ya. Pero sin radio sus colegas podían tardar un largo tiempo en encontrarlo; por más pequeño que fuera Ícaro, en sus treinta y cinco kilómetros cuadrados de terreno fantásticamente escabroso podía esconder bien a un cilindro de tres metros. Tal vez tardasen una hora en encontrarlo, y eso significaba que tendría que adelantarse al alba mortal.

Deslizó los dedos en los controles de los miembros mecánicos. Fuera de la cápsula, en el hostil vacío que lo rodeaba, revivieron los brazos sustitutos. Se apoyaron en la superficie de hierro del asteroide y levantaron la cápsula del suelo. Sherrard los flexionó, y la cápsula se sacudió hacia delante, como un extraño insecto bípedo..., primero el brazo derecho, luego el izquierdo, luego el derecho...

Era menos difícil de lo que había temido, y por primera vez sintió que volvía a tener confianza. Aunque los brazos mecánicos habían sido diseñados para trabajos livianos de precisión, se necesitaba poca fuerza para mover la cápsula en este medio donde el peso casi no existía. La gravedad de Ícaro era diez mil veces menor que la de la Tierra; Sherrard y su cápsula espacial pesaban aquí unos pocos gramos, y una vez que se puso en movimiento flotó hacia delante sin esfuerzo.

Sin embargo, esa misma facilidad tenía sus peligros. Había recorrido varios cientos de metros, y estaba alcanzando rápidamente la estrella poniente de *Prometeo* cuando el exceso de confianza lo traicionó. (Es extraño cómo la mente puede pasar de un extremo al otro; unos pocos minutos antes había escapado a la muerte; ahora se preguntaba si llegaría tarde para la cena.) Quizás la novedad del movimiento, tan diferente a lo que había probado antes, fue la causante de la catástrofe; o quizás estaba sufriendo todavía de los efectos del choque.

Como todos los astronautas, Sherrard había aprendido a orientarse en el espacio, y se había acostumbrado a vivir y a trabajar cuando los conceptos terrestres de arriba y abajo no tenían significado. En un mundo como Ícaro era necesario pretender que había un planeta real y verdadero «debajo», y que cuando uno se movía era sobre un plano horizontal. Si fallaba este inocente autoengaño, el vértigo espacial era inevitable.

El ataque llegó sin aviso previo, como de costumbre. Súbitamente, Ícaro ya no pareció estar debajo, ni las estrellas arriba. El Universo se inclinó en ángulo recto; Sherrard se estaba moviendo *hacia arriba* por un risco vertical, como un alpinista que escala la pared de una roca, y aunque la

razón le decía que era sólo ilusión, todos sus sentidos gritaban que era real. En un momento, la gravedad tendría que arrancarlo de esa pared, y caería interminablemente hasta hacerse pedazos en el olvido.

Quedaba por suceder lo peor; la falsa vertical oscilaba todavía como una brújula descompuesta. Ahora Sherrard estaba bajo un inmenso techo de roca, que pronto volvería a convertirse en pared: pero esta vez descendería por ella, en vez de subir...

Había perdido todo control sobre la cápsula, y el pegajoso sudor que comenzaba a rociarle el rostro le advirtió que pronto perdería el control del cuerpo. Sólo le quedaba una cosa por hacer; cerró los ojos con fuerza, se acurrucó lo más atrás posible en el diminuto mundo cerrado de la cápsula, e hizo como si el universo exterior no existiese. Ni siquiera permitió que el lento y suave golpe del segundo choque interfiriera con su autohipnosis.

Cuando se atrevió a mirar afuera nuevamente, descubrió que la cápsula descansaba contra un enorme canto rodado. Los brazos mecánicos de la cápsula habían atenuado la fuerza del impacto, pero a un precio mayor del que Sherrard podía pagar. Aunque aquí la cápsula no tenía prácticamente ningún peso, todavía poseía los acostumbrados doscientos cincuenta kilos de inercia, y se había estado moviendo quizá a unos seis kilómetros por hora. Los brazos metálicos no habían logrado absorber el ímpetu, y uno se había roto, y el otro estaba irremediablemente torcido.

Cuando Sherrard vio lo que había sucedido, su primera reacción no fue de desesperación sino de cólera. Había estado tan seguro del éxito cuando la cápsula comenzó a deslizarse sobre la árida superficie de Ícaro. ¡Y ahora esto, debido solamente a un momento de debilidad física! Pero el espacio no hacía concesiones a las fragilidades humanas ni a las emociones, y un hombre que no aceptaba ese hecho no merecía estar allí.

Por lo menos había ganado un tiempo precioso al perseguir a la nave; había puesto otros diez minutos, si no más, entre él y la aurora. Pronto sabría si esos diez minutos le prolongarían la agonía o darían a sus compañeros más tiempo para encontrarlo.

¿Dónde estaban? ¡Seguro que ya habían comenzado la búsqueda! Esforzó los ojos tratando de ver el fulgor de la nave, con la esperanza de encontrar las débiles luces de las cápsulas. Pero no se veía nada nuevo en la giratoria bóveda celeste.

Era mejor que utilizara sus propios recursos, por exiguos que fueran. Sólo le quedaban unos pocos minutos antes que *Prometeo* y sus reflectores se hundieran bajo el borde del asteroide y lo dejaran en la oscuridad. Era cierto que la oscuridad sería muy breve, pero antes que cayese sobre él podría encontrar algún refugio para protegerse del día que se acercaba. Esta roca contra la que había chocado, por ejemplo...

Sí, le daría un poco de sombra, hasta que el sol estuviera a una cierta altura en el cielo. Nada podría protegerlo si pasaba por encima de él, pero quizás estuviese en una latitud donde el sol no ascendía muy alto sobre el horizonte en esa época del año de Ícaro, de cuatrocientos nueve días. Entonces podría sobrevivir al breve período de luz diurna; ésa era su única esperanza, si los salvadores no lo encontraban antes del amanecer.

Allá desaparecía *Prometeo* y sus luces, bajo el borde del mundo. Con esa partida, las estrellas resplandecieron con redoblado fulgor. Más gloriosa que cualquiera de ellas —tan hermosa que con sólo mirarla casi se llenaban de lágrimas los ojos— estaba la flameante luz de la Tierra, con su luna al lado. Sherrard había nacido en una, y caminado sobre la otra. ¿Volvería a verlas?

Era extraño que hasta ahora no hubiera pensado en la mujer y en los hijos, y en todo lo que amaba de la vida y que ahora parecía tan lejano. Sintió un fugaz espasmo de culpa. Los lazos afectivos no estaban debilitados, ni siquiera por los ciento cincuenta millones de kilómetros que ahora lo separaban de la familia. Esa distancia no tenía ningún significado. Él era ahora un animal primitivo y egocéntrico que luchaba por su vida, y que tenía una única arma: el cerebro. En este conflicto no

había lugar para el corazón; el corazón sería un simple estorbo, que le estropearía el juicio y le debilitaría la firmeza.

Y entonces vio algo que desterró todo pensamiento de su lejano hogar. Sobre el horizonte, a su espalda, extendiéndose entre las estrellas como una bruma láctea, había un débil y espectral cono de fosforescencia. Era el heraldo del sol, el hermoso, nacarado espectro de la corona, visible desde la Tierra sólo durante los raros momentos de eclipse total. Si la corona ascendía, el sol no podía estar lejos, para castigar esa pequeña tierra con su furia.

Sherrard aprovechó el aviso. Ahora podía juzgar, con cierta precisión, el punto exacto donde saldría el sol. Arrastrándose lenta y torpemente sobre los rotos muñones de los brazos metálicos, llevó la cápsula hasta el lado de la piedra donde debería dar la mayor sombra. Apenas había llegado allí cuando el sol le saltó encima como una bestia de presa, y aquel mundo diminuto explotó en luz.

Sherrard levantó los filtros oscuros dentro del casco, una capa tras otra, hasta que pudo soportar el resplandor. Fuera de la zona cubierta por la ancha sombra de la piedra, era como mirar dentro de un horno. Alrededor, la despiadada luz mostraba cada detalle del terreno; no había grises, sólo blancos cegadores y negros impenetrables. Todas las ensombrecidas grietas y depresiones eran charcos de tinta, mientras que el suelo más alto parecía estar ardiendo ya. Y sin embargo, era sólo un minuto después del alba.

Ahora Sherrard podía comprender cómo el abrasador calor de mil millones de veranos había convertido a Ícaro en un carbón cósmico, cocinando las rocas hasta sacarles las últimas burbujas de gas. «¿Por qué —se preguntó amargamente— los hombres tenían que viajar a través del abismo de estrellas, con tanto gasto y riesgo, para aterrizar en un basural giratorio?» Por la misma razón, sabía, que cuando lucharon por alcanzar el Everest y los polos y los lugares distantes de la Tierra: la excitación del cuerpo que era la aventura, y la más duradera excitación de la mente que era el descubrimiento. La respuesta lo consolaba muy poco, ahora que estaba a punto de ser asado como un animal en el giratorio asador de Ícaro.

Ya sentía el primer aliento de calor sobre la cara. La gran piedra contra la cual se apoyaba lo protegía de los rayos directos del sol, pero el resplandor que reflejaban las llameantes rocas cercanas lo golpeaba a través del plástico transparente de la cúpula. Ese resplandor crecería rápidamente en intensidad a medida que el sol subiera; tenía menos tiempo de lo que había pensado, y al saberlo sintió una embotada resignación que estaba más allá del miedo. Esperaría hasta que el amanecer lo envolviese y la unidad refrigeradora de la cápsula se rindiera ante la desigual lucha; entonces rompería la cápsula y dejaría que el aire saliera al vacío espacial.

Sólo podía permanecer sentado y pensar en los minutos que le quedaban, antes que la sombra se contrajera. No trató de dirigir los pensamientos: los dejó ir hacia donde quisieran. Qué extraño morir ahora, todo porque allá en la década del cuarenta —años antes que él naciera— un hombre en Monte Palomar encontró una raya de luz en una placa fotográfica y la bautizó, apropiadamente, como el muchacho que voló cerca del Sol.

Un día, pensó, le construirían un monumento en esta llanura calcinada. ¿Qué pondrían en él? «Aquí murió Colin Sherrard, ingeniero en astronáutica, por la causa de la Ciencia.» Eso sería gracioso, pues nunca había comprendido ni la mitad de las cosas que los científicos querían hacer.

Sin embargo, parte de la excitación de esos descubrimientos le había llegado. Recordó cómo los geólogos habían raspado la chamuscada piel del asteroide, y pulido la superficie metálica debajo. Esa superficie estaba cubierta de curiosas rayas y arañazos, como una pintura abstracta de los decadentes posteriores a Picasso. Pero esas líneas tenían algún significado; en ellas estaba escrita la historia de Ícaro, aunque sólo un geólogo podía leerla. Revelaban —así le habían dicho a Sherrard— que ese pedazo de hierro y roca no siempre había flotado solo en el espacio. En un remoto pasado, había sufrido una enorme presión, y eso podía significar solamente una cosa. Miles de millones de

años antes, había sido parte de un cuerpo mucho mayor, quizás de un planeta como la Tierra. Por alguna razón, el planeta explotó. Ícaro, y miles de asteroides más, eran fragmentos de esa explosión cósmica.

Incluso ahora mientras se acercaba la línea incandescente de luz solar, lo emocionaba ese pensamiento. Sherrard estaba sobre el núcleo de un mundo, un mundo que quizás había conocido la vida. En una forma extraña, irracional, lo consolaba saber que quizá no iba a ser el suyo el único fantasma que andaría por Ícaro hasta el fin del tiempo.

El casco se le estaba empañando; eso anunciaba que la unidad refrigeradora estaba a punto de fallar. Había trabajado bien; aun ahora, aunque las rocas a sólo unos pocos metros debían estar al rojo vivo, el calor dentro de la cápsula no era insoportable. Cuando fallara la refrigeración todo sería súbito y catastrófico.

Sherrard tendió la mano hacia la palanca roja que le arrebataría la presa al sol; pero antes de moverla miraría la Tierra por última vez. Bajó los filtros oscuros con gran precaución, ajustándolos de modo que desviarán el resplandor de las rocas pero no le impidieran ver el espacio.

Las estrellas eran tenues ahora, apagadas por el creciente brillo de la corona. Y asomando apenas sobre la roca había una punta de llama carmesí, un torcido dedo de fuego que sobresalía del borde mismo del sol. A Sherrard sólo le quedaban segundos.

Allí estaba la Tierra, allí estaba la Luna. Adiós a ambas, y a los amigos y seres queridos en cada una de ellas. Mientras miraba al cielo, la luz solar había comenzado a lamer la base de la cápsula, y sintió la primera punzada de fuego. En un reflejo tan automático como inútil, retiró las piernas, tratando de escapar a la ola de calor que avanzaba.

¿*Qué era eso?* Un brillante relámpago de luz, infinitamente más luminoso que cualquier estrella, explotó de pronto allá arriba. A varios kilómetros de altura un gigantesco espejo navegaba en el cielo, reflejando la luz solar, mientras giraba lentamente. Eso no podía ser; estaba comenzando a sufrir alucinaciones; era hora de despedirse. El sudor le corría por el cuerpo, y en pocos segundos la cápsula sería un horno.

No esperó más; tiró del disparador de emergencia con toda la fuerza que le quedaba, preparándose para enfrentar el fin.

No sucedió nada; la palanca no se movía. Tiró de ella una y otra vez hasta que comprendió que estaba trabada. No había fácil escape, no había una muerte piadosa mientras el aire huía de los pulmones. Fue entonces, al sentir el golpe del verdadero terror de la situación, que sus nervios cedieron y comenzó a gritar como un animal atrapado.

Cuando oyó la voz del Capitán McClellan que le hablaba débil pero claramente, pensó que era otra alucinación. Sin embargo, algún residuo que le quedaba de disciplina y autocontrol le reprimió los gritos; apretó los dientes y atendió a esa voz familiar e imperativa.

—¡Sherrard! ¡Aguante, hombre! Lo hemos localizado, ¡pero siga gritando!

—¡Aquí estoy! —gritó Sherrard—. ¡Pero apúrense, por el amor de Dios! ¡Me estoy quemando!

En las profundidades de lo que quedaba de su mente racional, comprendió lo que había sucedido. Alguna débil sombra de señal se escapaba de las antenas rotas, y los que lo buscaban habían oído sus gritos del mismo modo que él escuchaba sus voces. Eso significaba que debían estar muy cerca, y saberlo le dio nuevas fuerzas.

Miró a través del humeante plástico de la cúpula, buscando una vez más aquel imposible espejo en el cielo. Allí estaba otra vez; y ahora entendió que la desconcertante perspectiva del espacio le había engañado los sentidos. El espejo no estaba a kilómetros de distancia, ni era enorme. Estaba casi encima suyo, y se movía rápidamente.

Sherrard todavía estaba gritando cuando el espejo se deslizó ante la cara del sol naciente, y su bendita sombra cayó sobre él como un viento fresco que soplara desde el corazón del invierno sobre

kilómetros de nieve y hielo. Ahora que estaba tan cerca, lo reconoció inmediatamente. Era una gran pantalla de hoja metálica contra la radiación, que sin duda habían arrebatado apresuradamente a un puesto de instrumentos. Los amigos habían estado buscándolo en la seguridad de la sombra de esa pantalla.

Una cápsula para trabajos fuertes, de dos plazas, sostenía allá arriba el centelleante escudo con un grupo de brazos, y tendía otro hacia él. Aun a través de la empañada cúpula y de la ola de calor que todavía le debilitaba los sentidos, reconoció el rostro ansioso del capitán McClellan que lo miraba desde la otra cápsula.

De modo que así era el nacimiento, pues realmente había vuelto a nacer. Estaba demasiado exhausto para agradecer —eso vendría después—, pero al alejarse de las rocas ardientes, sus ojos buscaron y encontraron la brillante estrella de la Tierra.

—Aquí estoy —dijo silenciosamente—. De vuelta.

De vuelta a disfrutar y apreciar todas las bellezas del mundo que había creído perdido para siempre No..., no todas.

Nunca más disfrutaría del verano.

**FIN**

Libros Tauro